

tender lo tercero, esto es, que las Iglesias quemaron sus epístolas auténticas, para sustituirlas con piezas fabricadas por gente desconocida, es uno de aquellos absurdos que se refutan competentemente con solo exponerlos.¹

V.

Conclusion.

“O los libros del Nuevo Testamento son auténticos, ó no existe ningun documento un poco antiguo, cuya autenticidad no pueda ser disputada. Tomemos, por ejemplo, no digo los poemas de Homero, las arengas de Demóstenes, ú otro escrito de esta naturaleza cuya celebridad, cualquiera que sea, no puede sostener el paralelo con estos libros, que una inmensa sociedad ha venerado constantemente como el código de su fe, de su moral y de su disciplina, sino las pandectas de Justiniano, ó la bula de Carlos IV, que sirve de basa á la constitucion germánica, y supongámonos en el caso de disputar con un escéptico que niega su autenticidad: ¿en dónde buscaríamos las pruebas para confundir á este crítico temerario? En la tradicion universal y constante de los pueblos, en los testimonios expresos de los autores contemporáneos ó subsecuentes, en el carácter mismo de las piezas disputadas, en los absurdos innumerables que arrastraría consigo la paradoja de nuestro adversario. Pnes bien: todas estas pruebas concurren en su mayor fuerza demostrativa, para dejar sólidamente establecida la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento.”¹

CAPITULO VI.

DE LA VERDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.

Los apóstoles no pudieron engañarse, porque fueron testigos oculares y constantes de los hechos que refieren; porque estos hechos eran públicos, grandes, ostensibles, y ocuparon un largo espacio de tiempo, suficiente á rectificar cualquier error pasajero de los sentidos ó de la reflexion, y eran fáciles de conocerse y conservarse, así por su solemnidad,

¹ *Dupoisín.* Obra y lugar citado. (*Extracto.*)

como por su sencillez: no quisieron engañar, porque fueron de una conducta irreprochable, en lo cual el mismo gentilismo les hacia justicia; porque no tenian ninguna mira personal, ni se les ha descubierto despues de diez y ocho siglos; porque hablan con sencillez, sin artificio, y aun con cierto desórden que anuncia su buena fe; porque léjos de considerarse á sí mismos, hablan de sus defectos con una tierna ingenuidad, y rehusan constantemente los homenajes que les tributa, y aun una especie de culto que pretende rendirles, un pueblo admirado á la vista de sus milagros; porque sellaron su narracion con su sangre, género de sacrificio que hasta entónces ningun hombre habia hecho á su testimonio,¹ pues lo de Sócrates es asunto de otra naturaleza: no hubieran podido conseguirlo, aun en caso de pretenderlo, así por las dificultades que engendra la multitud, aun cuando sea homogénea, para dar lugar á una impostura, como porque se hallaban entre dos pueblos enemigos, esto es, entre los judíos y los paganos. Luego el Nuevo Testamento es verdadero.

No extendemos mas esta demostracion, por dos razones decisivas: primera, porque pueden aplicarse á ella en lo general cuantos argumentos empleamos en probar la verdad del Pentateuco: segunda, porque hemos de hablar del carácter y mision de los apóstoles, y esta será la mejor prueba de la verdad infalible de los libros que nos dejaron.

CAPITULO VII.

DE LA INTEGRIDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.

Cuando hablamos de la integridad de los libros del Nuevo Testamento, estamos léjos de pretender que absolutamente hablando no hayan padecido alteracion de ningun género: no pretendemos que todo, hasta el menor signo de ortografía, se encuentre hoy precisamente, y sin la mas leve mudanza ó alteracion, en el mismo estado en que salió de las manos de sus autores: no se trata de estos accidentes, inevitables en la multitud inmensa de copias que se han sacado, y de ediciones que se han hecho en el discurso de tantos siglos. Esta es una lei á que está sujeto cualquier escrito antiguo, pero que no altera en manera alguna el fondo de las

¹ Yo creo, *decia Pascal*, á testigos que se dejan degollar.

cosas, ni desconcierta el bien construido aparato de sólidos argumentos que engendran la mas plena certidumbre acerca de la integridad sustancial de nuestros libros santos. Es claro, clarísimo, que los libros de Homero, de Tácito y de todos los escritores antiguos profanos, han sufrido, en un número infinitamente mayor que nuestros libros santos, esas variaciones accidentales: la razon es mui óbvia, porque ninguno de estos libros ha tenido ese carácter de veneracion y respeto propios de los libros santos, y por lo mismo ninguno ha tenido á su favor tan delicado esmero de escrupulosidad y vigilancia en ser intacta y fielmente conservado. Y sin embargo, ¿á quién hacen fuerza las variantes infinitas pero accidentales del texto de Homero, de Ciceron, ó de Plinio, para desconocer su integridad sustancial? Dejemos pues á los incrédulos, que con mas hipocresía que seriedad nos exijan pruebas de una integridad que no puede ni debe buscarse, ni es necesaria para cosa de importancia, para manifestar que los libros del Nuevo Testamento han llegado hasta nosotros en su primitiva pureza é integridad sustancial.

Para convencernos de esta verdad, basta decir que no podia verificarse con buen éxito ninguna alteracion de esta naturaleza, sea cual fuere el recurso que se imagine. En efecto, ¿por parte de quién podria hacerse! ¿Por los judíos y gentiles? Lo impedirían los cristianos. ¿Por las sectas apartadas de la unidad católica? Lo condenaria la Iglesia. ¿Por un impostor privado? Lo reclamaria todo el universo. Téngase presente cuanto dijimos hablando del Pentateuco; y la simple indicacion que precede recibirá todo el desarrollo de una completa demostracion, que por tanto, no extendémos aquí. Oigamos pues únicamente las breves observaciones siguientes, que varían un tanto el aspecto de las primeras pruebas.

“Si es constante, dice Duvoisin, que los libros del Nuevo Testamento son obra de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, no lo es ménos, que nos han sido trasmitidos en toda su pureza, y sin padecer ninguna esencial alteracion. Esta segunda proposicion puede probarse con los mismos racionios que han demostrado la primera.”

“La veneracion que han tenido siempre los cristianos á este depósito sagrado de nuestra fe, nos responde así mismo de su zelo por su integridad. Durante la persecucion de Dioclesiano, se creian los fieles obligados á exponer su existencia, con el fin de sustraer las Escrituras á la maligna solitud de los paganos. Mirábase como una especie de apostasía el entregárselas; y los que habian incurrido en seme-

jante debilidad, á causa del temor y los tormentos, no fueron reconciliados con la Iglesia sino despues de una larga y austera penitencia.”

“En todas las religiones se han puesto siempre con el mayor empeño los libros sagrados á cubierto de cualquiera contacto pernicioso, no ménos por el respeto que inspiran, que por su misma publicidad. ¿Y qué libros se han visto nunca ni mas respetados, ni mas universalmente extendidos que los escritos apostólicos! Sus ejemplares se multiplicaban prodigiosamente, eran traducidos en todas las lenguas, se los leian públicamente en las concurrencias religiosas; servian de texto á todas las instrucciones. Los pastores y los simples fieles, los ortodoxos y los herejes, todos ponian el mayor interés, todos velaban con la misma solitud en la conservacion de estos preciosos monumentos; la mas ligera interpolacion en unos libros tan conocidos, tan importantes y venerados, hubiera producido un levantamiento universal. Cuenta Sozomeno que un obispo causó un grande escándalo en su iglesia, por solo haber sustituido una expresion del evangelio, que le parecia baja y trivial, con un término sinónimo, pero mas elegante. El mismo San Jerónimo, al emprender una nueva traduccion de la Escritura, preveía los clamores que se iban á levantar de todas partes, si le acontecia el separarse, aun en lo mas pequeño que fuese, del texto original, ó de las antiguas versiones. Seria pues el mayor absurdo suponer en estos libros ninguna alteracion sustancial, pues no podria señalarse nunca ni el motivo, ni el objeto, ni la época, ni el autor de esta pretendida falsificacion.”

“Pero si el incrédulo no puede oponerme sino hipótesis que por sí solas se destruyen, yo puedo agobiarle con una prueba de hecho que tiene á su vista todavia. Recorred, le diria, los innumerables escritos de los padres de la Iglesia, quienes han transcrito en cierto modo todo el Nuevo Testamento en sus comentarios, en sus homilias, en sus tratados dogmáticos; y allí encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros libros santos: de suerte que si por un imposible llegaran estos á desaparecer repentinamente, seria fácil reponerlos todos con solo recoger las citas esparcidas en los autores eclesiásticos: prueba demostrativa de la integridad de los libros del Nuevo Testamento: pues de ella resulta que nuestros ejemplares de hoy son de todo punto conformes á los de la mas remota antigüedad.”¹

¹ 1. Demonstration evangelique, Chap. II. art. VI.

Conclusion de la seccion primera.

Sin haber dado á nuestras pruebas toda la extension de que son susceptibles, así por la amplitud vastísima de la materia, como por haber sido tratada por los mas consumados apologistas del cristianismo, desde el establecimiento de la Iglesia hasta nuestros dias, creemos haber dicho lo bastante para dejar sólidamente demostrada la autenticidad, integridad y verdad de nuestros libros santos. Siguiendo la division que de ellos forman las dos diferentes épocas á que presiden, hemos hablado con la separacion debida del Antiguo y del Nuevo Testamento. Teniendo presente que la basa de todos los argumentos en materias históricas, consiste precisamente en el testimonio humano, hemos comenzado exponiendo á toda luz la existencia y antigüedad de la nacion judía, desde la época actual en que la vemos esparcida por todos los pueblos del mundo, hasta los principios de la Era presente, en que despues de haber consumado el mas espantoso deicidio, perdió de un golpe su nacionalidad, para seguir viviendo en el curso de los siglos como un pueblo cosmopolita, extranjero entre todas naciones y extraño á todos los gobiernos; y desde esta época hasta los tiempos de la creacion, segun los datos que á un mismo tiempo nos suministran el concatenamiento de sus épocas y los documentos de la historia profana. Partiendo de este hecho, manifestamos que Moises es el autor del Pentateuco y el legislador de los judíos; verdad comprobada por el testimonio de esta nacion, por el de los samaritanos, á pesar de su cisma, por la profesion constante, unánime, pública y universal de todo el cristianismo, y por el de los mismos escritores gentiles. De la autenticidad del Pentateuco pasamos á desenvolver los argumentos que prueban su verdad, haciendo ver que Moises no pudo ser engañado, pues contaba con los datos competentes y con la suficiencia que comunican la penetracion, el juicio, el ingenio y los conocimientos mas vastos; que tampoco pretendió engañar, porque así lo persuaden evidentemente su carácter histórico, su conducta moral y política, su notorio desinterés y su decision por la verdad; y que tampoco habria podido conseguirlo, aun en caso de intentarlo, porque semejante empresa se hacia de todo punto imposible, por la magnitud, interés, notoriedad y concatenacion de los mismos hechos, por sus relaciones con la historia de los otros pueblos, por el carácter de las tradiciones nacionales y por las mismas épocas de la naturaleza. Final-

mente, demostramos en seguida, que la verdad del Pentateuco habia llegado toda, sin mezcla ni alteracion sustancial, hasta los tiempos en que vivimos; pues ni los judíos, ni los gentiles, ni los cristianos, han tenido jamas una coyuntura favorable para proteger con buen éxito la empresa de una parcial ó total impostura.

Hablando de los profetas, demostramos igualmente la verdad y autenticidad de sus libros, y la preexistencia mejor calificada de sus predicciones, haciendo servir á este propósito el testimonio de los judíos, de los cristianos y de los mismos escritores gentiles.

El Antiguo Testamento concluye, segun nuestro plan de prueba, con los diversos agiógrafos, bajo cuya designacion se conocen todos sus libros canónicos, á excepcion del Pentateuco y los profetas. La autenticidad, verdad é integridad de estos libros quedaron igualmente demostradas, ya con los argumentos precedentes, que son extensivos á ellos, ya con las relaciones esenciales que á todos los ligan; porque no podria suprimirse uno solo, sin dejar incompleto ese grande y augusto monumento de la historia, de la moral y de la legislacion judía.

De aquí pasamos al Nuevo Testamento; y despues de haber clasificado sus libros, hicimos ver igualmente, con la fe pública de la Iglesia cristiana, la autoridad irrecusable de sus primeros escritores, la confesion de los mismos herejes, el testimonio de los judíos y paganos y la inspeccion critica de las mismas obras, que hai una certidumbre moral, puesta en el mas alto punto de su evidencia, sobre la autenticidad, verdad é integridad de todo el Nuevo Testamento. Esta circunstancia viene á su turno á completar la demostracion de los libros proféticos en lo relativo á la verdad de las predicciones; porque la autenticidad é integridad de ellos nos responde de la preexistencia de las profecias, así como la autenticidad, verdad é integridad del Evangelio suministran la luz suficiente para reconocer su verdad; pues en el Nuevo Testamento vemos literal é infaliblemente verificado cuanto habian predicho los profetas.

Queda pues demostrada la autenticidad, verdad é integridad de los libros santos; y con solo esto, adelantado prodigiosamente el camino de nuestras investigaciones; pues ya desde aquí podemos marchar, á la luz de su historia y de su doctrina, y sobre sus mismas páginas, al objeto y fin general que tienen estos libros, esto es, á los enviados y su mision, á la religion y su plan.